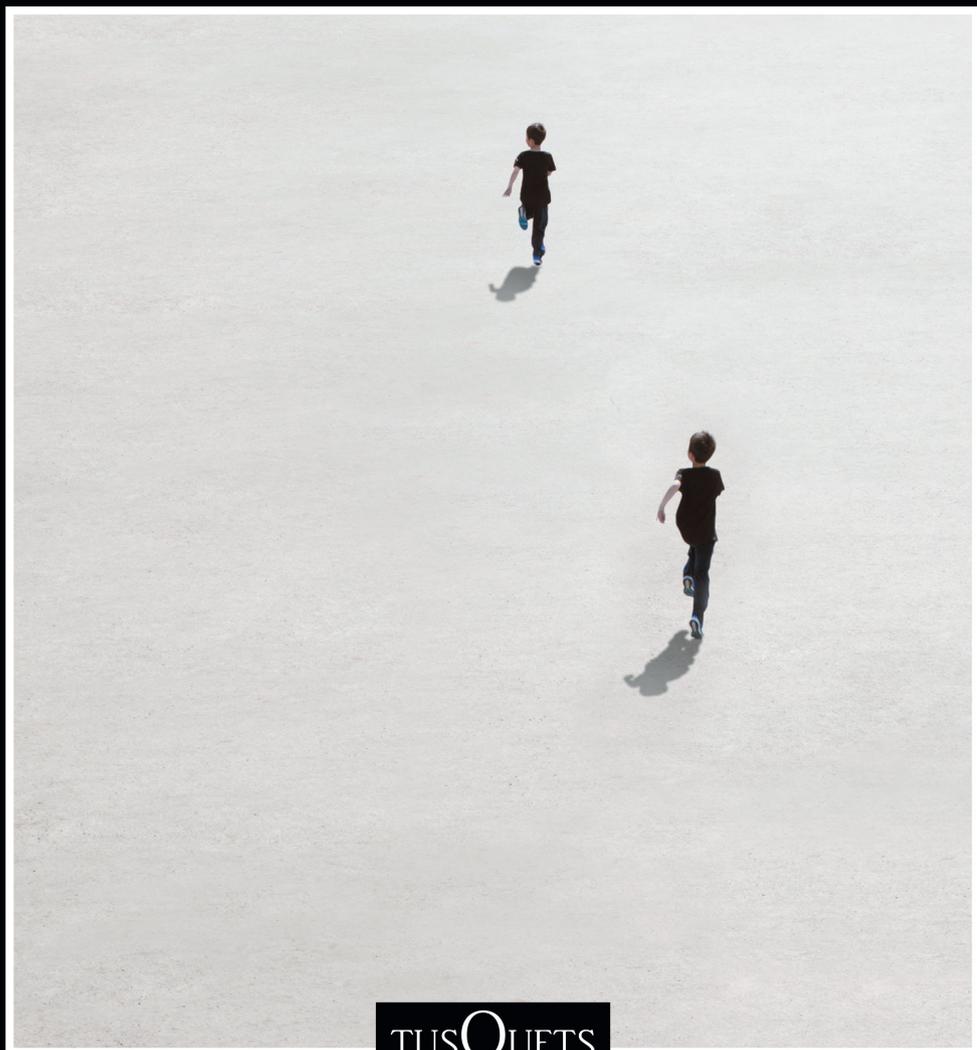


Damián Huergo

LA LEY PRIMERA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

DAMIÁN HUERGO
LA LEY PRIMERA

TUSQUETS
EDITORES

PRIMERA PARTE

La única fecha redondeada con birome azul, en el calendario de 1993 pegado en la heladera, era el 27 de mayo. Alrededor de la mesa de algarrobo que ocupaba casi toda la cocina, ese día, estaban sentados Pulga, Murdok y Pablo: amigos desde la escuela primaria de Sebastián, mi hermano mayor. En el medio de la mesa, escoltada por tazas de café, había una radio portátil Spica. Era de mi abuela Tita, y solo la veíamos, a la radio, cuando ella la llevaba pegada a la oreja. El resto de las horas, la ocultaba debajo de la almohada donde apoyaba la cabeza para dormir o simular que lo estaba haciendo.

En las últimas semanas a Tita le habían desaparecido dos radios. Todos los integrantes de mi familia sospechamos de Sebastián. Después de cumplir los dieciocho, en simultáneo a que mi papá le cortara el cordón umbilical de la mensualidad, en la casa empezaron a desaparecer diferentes objetos de valor: anillos, herramientas, cricket del auto, una campera de jean horrible que usaba mi mamá y otras cosas que solo percibimos cuando las buscábamos. Nadie acusaba a mi hermano ni se desviaba de los límites estéticos del rumor. El silencio no nacía por temor a su posible reacción, sino

para que la lengua performática no convirtiera lo dicho en realidad.

Tita, como si estuviera en el barco que la trajo desde Yugoslavia, empezó a dormir con la billetera y la radio a menos de un metro de distancia. Sin embargo, para nuestra sorpresa, durante esa semana de mayo que marcaba el calendario, Sebastián la convenció de que se la prestara. Tu radio trae suerte, le dijo. Y mi abuela, suave como una piedra que lleva siglos erosionándose en la orilla del mar, no pudo resistir al ruego de su primer nieto.

La Spica estaba muda en el medio de la mesa. Los cuatro amigos la miraban de costado, desconfiados.

Los Fantásticos, como les decía mi papá, tenían el pelo largo, pero ninguno lo llevaba igual al otro. El de Pablo era lacio y tenía un flequillo recto como cortado con cúter. El de Pulga, negro y ondulado. El de Murdok recordaba al pajonal de un gallinero. Y Sebastián, mi hermano, llevaba una especie de trenza mohicana que le había enseñado a hacer Erica, nuestra única hermana, la del medio. Los Fantásticos, cuando andaban juntos, parecían una de esas bandas que buscan fusionar distintos estilos y espantan al hacer sonar el primer acorde.

El único de los cuatro que llevaba el pelo por debajo de la cintura era Pablo. Mientras hablaba, metía los dedos entre el pelo castaño: los movía hacia abajo semejante a un peine. Solo dejó de tocarse el pelo cuando notó que la radio estaba apagada. Sin abrir la boca, la levantó con ambas manos; con cuidado pasó la perilla de OFF a ON.

Del parlante salió una voz áspera, masculina, metálica, que subrayaba las vocales con timbre marcial. La voz era una especie de intermediario fantasmal, sin cuerpo ni cabeza, que resonaba esa mañana de otoño en todos los diales de la radiofonía argentina. A los oídos de los cuatro amigos, que acababan de cumplir dieciocho años o estaban por hacerlo, esa voz, que articulaba palabras pasadas por lavandina, llegaba igual que la sentencia de un oráculo que venía a cagarles la vida.

Año a año, la escena se repetía en Argentina: por cadena nacional, se transmitía el sorteo del Servicio Militar Obligatorio. En los tambores de la Lotería, giraban las bolillas que representaban a los elegidos para realizar la «instrucción militar». En total eran mil números. Y si la fortuna caía en los últimos tres de tu DNI estabas adentro, soñando con uniformes verde oliva.

Así como en Estados Unidos los hombres crecen escuchando historias de la guerra, de cualquier guerra, en las casas argentinas nos aturden con las de la colimba: nuestra fábrica de relatos. Los que pasaron por la experiencia vuelven una y otra vez a las mismas anécdotas; las conservan en el cuerpo, en el doblez grueso de la memoria.

Mi papá nunca nos sentó al lado de un fogón para narrar su experiencia. Nos contó de su paso por la colimba sin saber que nos estaba contando. Un narrador involuntario, digamos, como cualquier padre de su generación.

Mi papá hizo dos años de colimba, aunque solo calculaba estar doce meses. Le tocó en Palomar, en un

cuartel en el oeste de la provincia de Buenos Aires, a 78 kilómetros de su casa, en Glew. Un fin de semana al mes le daban permiso para visitar a su familia. Ese fin de semana solía estirarlo cuatro o cinco días. Vestido con el uniforme de soldado, los viernes se demoraba a pedir monedas en la estación de Retiro. Con la recaudación se metía en bares del Bajo a jugar al póker. Cuando se le vencía el plazo, y encima iba ganando, enviaba una nota diciendo que había fallecido una tía y debía quedarse unos días más.

En los primeros cinco meses de colimba había matado a dos tías, un primo y dos abuelas. Solo paró con los asesinatos cuando una noche, en la que supuestamente estaba de velorio, iba con mi mamá al casino de Gualeguaychú. Era fin de semana largo y la ruta estaba cargada. Mi papá manejaba el camión volcador de mi abuelo. A la madrugada, a eso de las cuatro de la mañana, salieron de Entre Ríos de regreso a Glew: en tres horas se iba a despertar mi abuelo y no podía faltar el camión estacionado en la vereda. Con la caja volcadora sin carga de arena, tomaron la vieja Panamericana a 130 kilómetros por hora. Iban tan rápido, contaba mi mamá, que no vieron la camioneta que se les cruzó. Después del impacto, dieron una vuelta en la banquina de la ruta y quedaron con las ruedas apuntando hacia el cielo negro vacío de estrellas.

Dos bomberos sacaron ilesa a mi mamá luego de cortar con una sierra eléctrica la ventanilla del camión; en cambio, a mi papá lo retiraron en camilla con la pierna derecha quebrada. De urgencia lo llevaron al hospital militar de Campo de Mayo. Al despertar, lo primero

que vio fue la cara de un superior pidiéndole que se recuperase pronto, que lo necesitaba entero y sanito, así dijo, para sufrir los próximos veinticuatro meses de instrucción militar.

El bolillero aún no había empezado a girar, sin embargo, en la cabeza de los Fantásticos, su rodar venía sonando desde el comienzo del mes de mayo: un crescendo pavoroso y previsible, semejante al sonido que anuncia un giro dramático en una mala película de terror.

Los cuatro amigos estaban en silencio, con la mirada congelada en algún punto de la cocina: en la colección de latas de cerveza importadas, en un helecho que colgaba de la repisa con especias, en la hornalla que continuaba encendida como una antorcha doméstica.

Pulga estaba sentado en la punta del banco de algarrobo. Movía los dedos en la mesa, tocando teclas de un piano invisible. Tenía los hombros apretados y la espalda convertida en un paréntesis.

Me mato, dijo sin percibir que sus pensamientos estaban siendo traducidos por su lengua. Milico ni muerto.

Nadie lo miró. El resto tenía la vista clavada en la Spica.

Si zafo, me pongo a laburar en el taller con mi tío, agregó, ensayando un rezo personal.

Murdok dejó en la mesa una medialuna con un solo mordisco. Si me toca número bajo doy las materias que me quedan, dijo agarrando el guante.

Pablo levantó los brazos hacia el techo, estirando los músculos. Le dedicó una sonrisa a media asta a cada

uno y después buscó la espalda de mi mamá en la mesada. No la encontró. En su lugar se detuvo en mis ojos, armando una complicidad que pude decodificar varios años después.

Si zafo, dejo la merca, dijo con voz gruesa.

Pulga y Murdok, sentados frente a él, no lo escucharon o simularon no hacerlo. Mi hermano dejó de revolver con una cucharita la taza vacía de café. Y, sin transformar el gesto serio de su cara, dijo: No digas giladas.

Antes de que empezara el sorteo, me pidieron que me fuera. Intenté quedarme, pero bastaron dos miradas torvas de Sebastián para que saliera sin discutir. En la cocina quedaron solo los Fantásticos. Apenas pisé el comedor, Murdok cerró la puerta fuelle que lo separaba de la cocina. Adentro habían subido el volumen de la radio. Me quedé quieto del otro lado, sentado en el primer escalón de la escalera que llevaba al altillo donde dormía junto a mi hermano. Como había leído en libros de detectives, pegué mi oído a la pared. La voz anónima tenía el protagonismo absoluto. Por debajo de su timbre metálico, escuchaba un murmullo de voces entremezcladas. Se hizo un silencio fulminante. Y, a continuación, un carraspeo de gargantas precedió al sonido fuerte de cuatro escupitajos en simultáneo.

No era la primera vez que los Fantásticos interpretaban tal ceremonia. Se la había visto hacer previo a los partidos en la liga de fútbol 5 de Almirante Brown o cuando se preparaban para salir los sábados a la noche. Los cuatro escupían en un plato y cada uno apoyaba la

palma en el archipiélago de flujos y salivas. Luego apretaban fuertes las manos mojadas, sellando un pacto. El ritual siempre me pareció más estúpido que asqueroso. Sin embargo, cierta admiración y envidia de la amistad conseguida crecía en un cuarto oscuro de mi cabeza o de eso que, a falta de una identidad precisa, llamamos alma.

El sorteo lo escuché en la vereda, junto a mi mamá y Griselda, la vecina de la casa de al lado. Estaban sentadas en un banco de cemento que había armado mi hermano con Murdok. En el medio de ellas tenían una radio portátil. Yo estaba sentado en el pasto, a pocos centímetros de la calle de tierra. A pesar de que era media mañana, por la esquina asfaltada no pasaban autos ni colectivos. Parecía que nadie iba a salir de su casa hasta después del sorteo de la clase 74.

Dos, cuatro, tres, decía la voz metálica. Descansaba un segundo y volvía a empezar: siete, uno, cuatro. Los códigos estaban compuestos por números de tres cifras. Cada serie armaba una línea invisible que atravesaba toda la Argentina: de un lado, marcaba a los que estaban adentro; del otro, a los que quedaban afuera, en libertad.

Tres, siete, uno, dijo la voz metálica. Mi mamá cerró los ojos y apoyó la palma de la mano en la pierna de Griselda. En su cara se podía leer cierto alivio, subrayado por un suspiro que largó junto al humo del cigarrillo.

A lo lejos, a plena luz del día, estalló un fuego artificial. Escuchamos el estruendo, pero por la claridad excesiva del cielo tuvimos que adivinar sus colores.

Mi hermano salió de la casa y fue en línea recta a abrazar a mi mamá. Le había tocado número bajo. Mi mamá estaba serena, pero no contenta.

Zafamos, vieja, le dijo, y recuerdo que pensé si ese plural incluía a sus amigos o a los deseos de mi mamá.

Al rato salieron el resto de los Fantásticos. Salvo Murdok todos sonreían.

Algo vamos a hacer, le dijo mi hermano rodeándolo con un brazo. Los milicos no te llevan.

En la puerta de casa había cuatro motocrosses apoyadas en las rejas de la vereda. Cada fantástico tenía su propia moto. Con los cascos colgados del volante, les dieron arranque, uno detrás de otro, como si lo tuvieran ensayado.

Nos vamos a festejar, mami, le dijo Pulga a mi mamá.

Salieron cantando «el que no salta es militar», a la vez que aceleraban para que retumbaran los caños de escape, notas graves que marcaban el ritmo.

Durante cuatro días no supimos nada de ellos. Al quinto día, mi hermano volvió a casa, minutos antes de que me despertara para ir a la escuela. No lo reconocí. Estaba rapado y tenía los ojos rojos. Me dijo algo, pero no lo entendí. Era como si tuviera un nudo en la lengua que le transformaba las palabras hasta destrozarlas y hacerlas desaparecer.

Mi mamá estaba en la cocina, preparándose un café con leche. Éramos los únicos en la casa. Mi hermana dormía en lo del novio. Mi papá, en otra casa: con Silvia y sus «otros hijos», como llamábamos a Silvio

y Nicolás, nuestros medio hermanos, y a Luciana y Mariana, las hijas de Silvia, que también él empezaba a criar.

Sebastián abrazó por la espalda a mi mamá. Ella se movió, simulando incomodidad. Mi hermano le dijo algo al oído y apoyó una bolsa de plástico transparente en la mesada de la cocina.

Guardala, dijo en voz alta.

Adentro de la bolsa, enroscada, estaba la trenza mohicana color castaño.

Mi mamá sirvió café en dos tazas. A la más grande le agregó un poco de leche que se estaba calentando en un cacharro. Luego giró con una taza en cada mano, dejando atrás, a su espalda, la trenza que brillaba bajo la luz de la mesada igual que una liebre muerta.